



Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Departamento de Sociología

IV JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP
LA ARGENTINA DE LA CRISIS
Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones

Mesa N° 12: La institución imaginaria de la sociedad. Imaginario social, identidades y cultura.

Coordinador: Elina Tranchini

Título: El Miedo como objeto de estudio criminológico.

Autores: Mariano Hernán Gutiérrez y Orlando Francisco Aguirre

Institución: Centro de Estudios en Política Criminal y Derechos Humanos (CEPOC)

e-mail: marianohgutierrez@yahoo.com.ar; landoaguirre@yahoo.com.ar

Introducción

Una de las cuestiones principales que se puede avizorar emplazándose en la agenda de los estudios sociales relacionados con la criminalización (que podríamos englobar como fuentes de la postura criminológica crítica) es el *miedo*.

De manera que en el presente trabajo, partiendo de la pregunta acerca de la existencia de un nuevo miedo en el sujeto actual, tal como suponen las últimas teorías sociológicas, intentaremos analizar la *construcción social del miedo* en relación a la inseguridad que se hace actualmente, para lo cual haremos un breve recorrido histórico con el objeto de conocer la manera en que este ha sido tratado a la luz de los distintos procesos sociales y políticos vividos por nuestro país en los últimos años.

Junto con la problematización del *riesgo* como herramienta jurídico-política de estrategias criminales dirigida selectivamente a los grupos sociales, se comienza a imponer la problematización sobre la autonomía de la *inseguridad subjetiva* con respecto a la *seguridad objetiva* (es decir, la relativa independencia del miedo al delito con respecto al riesgo objetivamente medible de victimización frente al delito). En este nuevo problema de estudio ha de cobrar especial relevancia la cuestión del *miedo*. Esto es, su formación, su manejo, su administración diferenciada, su gerenciamiento, su utilización política, su relación con este nuevo auge punitivo y con las formas “expresivas” del castigo.

En relación a esta problemática, buscaremos indagar en la reconfiguración del miedo, llevada a cabo a partir de la caída del Estado de Bienestar y el auge del neoliberalismo, y la consiguiente pérdida de lazos sociales que esto ha provocado, generando asimismo un considerable aumento en la inseguridad subjetiva.

De esta manera entenderemos el sentimiento de inseguridad como un efecto histórico de algunos cambios en la estructura social, interpretando los reclamos por mayor seguridad civil (física) como reacción a la crisis de la seguridad social.

Así como se está internacionalizando el derecho y el sistema penal, también se está internacionalizando el foco criminológico, y es esperable que la cuestión del manejo del miedo de los grupos sociales y su relación con la guerra (interior y exterior) comience a ser un objeto válido de estudio.

El miedo en el imaginario social

Luego de la guerra fría, y de la frustración de la academia crítica al observar cómo el nuevo auge punitivo opera como herramienta de legitimación de la dominación política, mientras se imponen el discurso y las prácticas políticas represivas, comienza una nueva preocupación por explicar cómo ha podido ocurrir que en democracia (y habría que contextualizar: una vez caída la dictadura y tras el impacto del neoliberalismo a nivel mundial) la represión estatal a ciertos sectores sociales comienza a ser ya no un discurso legitimante de las elites conservadoras, sino una exigencia mayoritaria de los grupos sociales, aún de los más desaventajados y de los excluidos. La mayor represión se ha convertido en una demanda democrática (en tanto mayoritaria) y esto ha planteado un nuevo dilema para la academia crítica.

Para poder dar cuenta de esta problemática debemos ahondar en la dimensión subjetiva y en la manera en que determinados hechos históricos “macro” influyen de manera decisiva en los aspectos más cotidianos de la vida y en la manera en que esta se nos representa. En este sentido tomaremos la noción de imaginario social de Baczkó que los define como “...referencias específicas en el vasto sistema simbólico que produce toda colectividad y a través del cual ella se percibe, se divide y elabora sus finalidades”. “El imaginario social es una de las fuerzas reguladoras de la vida colectiva, no indican solamente a los individuos su pertenencia a una misma sociedad sino que también definen más o menos precisamente los medios inteligibles de sus relaciones con esta, con sus divisiones internas, con sus instituciones, etc.” (Baczkó, 1999, p. 28).

De manera que el miedo asume una función estructurante y unificadora de lo social teniendo como objetivo la creación de una pertenencia a un colectivo y generando una motivación a la acción. De manera que existe una íntima relación entre el comportamiento y la representación colectiva.

Muchas veces las preocupaciones académicas más características de una época surgen motivadas por el horror ante la guerra; aunque esto, luego, en el análisis sociológico se suele omitir o silenciar. Sin dudas, ha servido como apremiante ejemplo de cómo el miedo es una herramienta de dominio político la manipulación informativa que ha realizado el gobierno de los Estados Unidos en relación a la guerra de Irak. Si bien las evidencias de

la no participación de Irak en los atentados del 11-S y de que no poseía armas de destrucción masiva (de grupos iraqués o del gobierno iraquí) eran accesibles, transparentes y hasta anunciadas en películas exitosas¹, el gobierno ha sabido activar o utilizar los resortes emocionales adecuados en la población norteamericana no sólo para reclamar y aceptar leyes invasivas de la libertad individual (que en otro momento hubieran resultado inaceptables, particularmente en la tradición anglosajona de respeto formal a estas libertades) sino para apoyar incondicionalmente una guerra con fines económicos. A pesar de que la información sobre los verdaderos motivos de la guerra resultaba conocida y accesible, las extendidas ansias vindicativas entre los distintos grupos sociales norteamericanos legitimaron todo este tipo de políticas interiores y exteriores que ya remanidamente conocemos y frente a las cuales nos alarmamos.

En este sentido y siguiendo el análisis de Baczko, la representación colectiva refleja el estado del grupo social y la manera en que reacciona frente a uno u otro acontecimiento, a un peligro exterior o a un aumento de violencia interior; es así que la sensación de incertidumbre e inseguridad que rige actualmente la vida social y la búsqueda de un elemento unificador lleva a que estas inseguridades sean canalizadas de diferentes maneras y aparezca el miedo al delito como elemento unificador de determinados sectores sociales.

La desafiliación y la inseguridad.

Una reciente contribución teórica respecto de la dinámica de la inseguridad subjetiva ha sido ampliamente trabajada por Robert Castel en su ensayo “La Inseguridad Social” (2004). En él entiende el sentimiento de inseguridad como un efecto histórico de algunos cambios en la estructura social. Y a su vez, interpreta los reclamos por seguridad civil (física) como reacción a la crisis de la seguridad social. *“La inseguridad es tanto la inseguridad social como la inseguridad civil. Estar protegido en esta esfera significa estar a salvo de los imponderables que podrían degradar el status del individuo. Por ende, el sentimiento de inseguridad es la sensación de estar a merced de estos acontecimientos. Por ejemplo la incapacidad de ‘ganarse la vida’ trabajando –ya sea por enfermedad, por*

¹ Me refiero, por supuesto, a los documentales de Michael Moore, particularmente a “Fahrenheit 9/11”.

accidente, por desempleo o por cese de actividad en razón de la edad- cuestiona el registro de la pertenencia social del individuo que extraía de su salario los medios para su subsistencia y lo vuelve incapaz de gobernar su existencia a partir de sus propios recursos. En lo sucesivo, deberá ser asistido para sobrevivir. Se podría caracterizar un riesgo social como un acontecimiento que compromete la capacidad de los individuos para asegurar por sí mismos su independencia social. Si no se está protegido contra estas contingencias, se vive en la inseguridad. Es una experiencia secular compartida por gran parte de lo que antes se llamaba 'pueblo'.”(Castel, 2004, p. 35).

El sujeto en este caso, es vislumbrado como una unidad en dónde una vez que se instala el sentimiento de inseguridad por cualquier fuente, éste busca ser apaciguada., aún a través de un remedio sintomático y que ataca otra.

Para Castel este sujeto *inseguro* es un producto histórico: El sujeto comienza a sentirse más inseguro a consecuencia del individualismo propio del paradigma de la modernidad en comparación con el sistema de las afiliaciones colectivas propias de la edad media. En un segundo momento, esta crisis de seguridad ocurre con la pérdida de los soportes colectivos (institucionales y no) tras la caída de los estados de bienestar y el cambio hacia el neoliberalismo. Estos sectores sociales medios fragmentados y pauperizados durante las últimas décadas se encuentra sumergidos en la inseguridad subjetiva que proviene de su desafiliación de los colectivos que funcionaban como soportes de la subjetividad.

En la sociología argentina que trata las cuestiones de la criminalidad-criminalización ya este análisis ha sido trabajado por Pegoraro (2003) y Daroqui (2003).

Esta idea de cómo un sentimiento provocado por un estímulo puede emanar en un impulso derivado hacia otro objeto que no es la verdadera causa de su origen parece radicar en una concepción psicoanalítica del sujeto. De ella se ha observado que se representa al hombre como un mecanismo “hidráulico” en el que las pulsiones (y para los etólogos los instintos) se acumulan y generan presión; de tal forma que de no desagotarse hacia su objeto original, pueden sublimarse, es decir, desviarse hacia un objeto sustitutivo. Esto explica cómo puede ser que una sensación de inseguridad provocada por una particular situación social se dirija hacia un pretendido culpable de nuestra inseguridad física.

Se encuentra implícito en estas ideas que el miedo es una especie de fluido: una vez que el sujeto se siente inseguro y siente miedo, la presión que este genera puede dirigirse hacia otro objeto. La inseguridad social genera miedo, el miedo se dirige hacia el *otro* (no hacia las condiciones que generaron su vulnerabilidad social), y se aplaca con la violencia hacia el otro. La manifestación del miedo, entonces, como de tantas otras pulsiones y sentimientos, puede *encauzarse*, puede impedirse por un lado y desagotarse por otro.² Aunque esta representación de la dinámica es problemática³ y debe relativizarse⁴, en principio aparece como una explicación atrayente de cómo explicar la crisis de seguridad subjetiva.

Sin embargo, si seguimos esta idea del miedo-fluido, como un sentimiento que se puede reencauzar a través de ciertos mecanismos, se pueden objetar algunas observaciones a las afirmaciones de Castel, o al menos a su validez para nuestro contexto:

En nuestro país, que podríamos definir como un proyecto de estado-nación siempre inconcluso, la modernidad (o la versión autóctona de ella) se impuso como conquista y sometimiento. Muchas veces, al contrario de lo que señala Castel respecto de la historia europea, ha requerido un proceso de afiliación compulsiva de las grandes masas trabajadoras urbanizadas. Ha habido desarraigo y sustitución de cultura, por supuesto, pero no resulta tan sencillo afirmar que haya habido *desafiliación* colectiva (como en el paso de los gremios de la edad media al trabajador individual), sino más bien una sustitución de un tipo o forma de afiliación por otra, una imposición de identidades: del indio al cristiano; del gaucho errante al gaucho campesino; del extranjero desempleado al inmigrante trabajador. Este proceso no necesariamente implicó individualización y desintegración de los colectivos, y en muchos casos, todo lo contrario, implicó la subsunción de individuos desafiliados en nuevos colectivos. Por lo pronto el surgimiento de la modernidad, tal como ocurrió en Europa, no explica nuestra historia, y por lo tanto tampoco explicaría nuestra moderna inseguridad.

² Un análisis similar hace Girard (2001) respecto de la violencia en los grupos sociales, tratándola como un fluido que circula, ejerce presión y debe ser desagotada.

³ A despecho de la larga tradición psicoanalítica se apartan de ella Fromm (2000) desde la psicología, desde la sociología Heller (1994), y Montagú (1990) con argumentos etnográficos y neurológicos.

⁴ Pues en Freud tiene un carácter que se supone claramente universal.

Tampoco podemos creer que ha habido un estado de bienestar, tal como el que añora Castel, y que ahora se ha replegado o desmantelado. Sí existió una racionalidad de estado distribuidor de la riqueza y que asumía responsabilidades sociales que duró algunas décadas (pienso en las décadas de los 50 a 70, e incluso, llegando a los 80), y que, en términos relativos para la región fue más proveedor de bienestar que otros estados latinoamericanos. En él las individualidades estaban fuertemente soportadas en y relacionadas a sujetos sociales colectivos: ser obrero implicaba formar parte de un sindicato, y esto era parte importante de la identidad del trabajador. Se gozaba de una obra social, había una clara identidad de clase, existía una fuerte idea de pertenencia a un “pueblo”, una clara identificación del estado-nación, un discurso fuertemente patriótico, etc. En esto podría trazarse una analogía -aunque sea débil, limitada y merezca una fuerte contextualización- con la situación que Castel plantea para Francia.

Deberíamos poder observar, entonces, que en estos momentos, no debería existir una crisis de seguridad subjetiva tal como la actual. El nivel de “miedo” debería ser menor. Sin embargo, las fuentes parecen indicar lo contrario. Si leemos la prensa local en cualquier momento del siglo XX notaremos que siempre se vivió en una crisis de seguridad subjetiva. Siempre la prensa ha sido alarmista respecto de la posibilidad de victimización del buen ciudadano -cualquiera fuera la imagen del victimario de turno- y esto nos habla de que tenía un lector en el que esa noticia impactaría. Desde comienzos de siglo, independientemente del momento, la prensa se comportaba de forma alarmista frente al delito. Esto se explica, por supuesto a través de la relación de la *empresa-prensa* y la *noticia-mercancía*, pero también a partir de lo que la noticia delictiva era como objeto de consumo. Si la noticia alarmante era una mercancía consumida, ello habla de su impacto, de cierta identificación con la alarma que provocaba. No puede creerse en una dirección unívoca de la prensa como un mecanismo *productor* ideológico de los miedos de sus lectores en orientación a algún gran político salvo en momentos históricos particulares. Además de ser un elemento de introducción e imposición de ideología, también es *reproductor* y en parte también *reflejo* del imaginario de los grupos sociales a los que pertenecen quienes trabajan en ella (Cfr. Young, 1987). Luego, sí amplificador o encauzador de estos miedos a una dirección ideológica-política. Aún si creemos que estas noticias llevaban el miedo de sus lectores hacia algún objeto particular, debemos aceptar que, a fin de cuentas, existían lectores

miedos que eran un campo fértil para esa manipulación. Los titulares catástrofe existieron siempre.

Y aún, más allá de la noticia delictiva, existían otros miedos mayores y que generaban más reacción. Todo grupo social o político tenía claros opositores y enemigos que pretendían atacarlo o afectarlo. Se tenía aversión (y por tanto miedo) a los “oligarcas”, o al “aluvión zoológico”; a los “peronistas” o a los “gorilas”; a los “subversivos” o a los “milicos”. Podría decirse que en tanto estas oposiciones políticas ideológicas estructuraban ciertas identidades colectivas (y por lo tanto ciertas afiliaciones grupales), de tal forma que el sujeto se definía siempre en oposición a otros sujetos. Siempre todo movimiento político triunfante hizo pié en los enemigos de la clase, del “movimiento”, de los trabajadores, etc. Y el peso de la identidad política en la identidad social del sujeto era, en ese entonces, de suma importancia. La vida cotidiana estaba regida por una ética plagada de recetas morales, siempre basadas en la demonización de un opuesto o un enemigo frente al cual definirse como grupo. En ese sentido, estas recetas sólo logran encauzar la oposición social hacia un nuevo enemigo, real o potencial atacante de los intereses del sujeto colectivo. De esta forma, es claro, el miedo no era menor o dejaba de existir sino que se estructuraba de colectivos institucionalizados, se dirigía según ciertos discursos que contaban con consenso de un grupo amplio, y se organizaba en forma de oposición política.

Lo que ha logrado la desestructuración y fractura de los colectivos políticos ideológicos que instituían la vida hasta la década de los 80-90 es la desorganización del miedo. O mejor dicho, la invisibilidad política de la nueva organización de los miedos. El miedo que antes sólo se encontraba concentrado y direccionado con clara intencionalidad política, pero tal vez más visible, ahora tiene otra dirección, se lo ve disperso, atomizado y con una funcionalidad (si es que la tiene) compleja.

Pareciera, entonces, que en lo que respecta a nuestra historia, no fueron más seguras, ni siquiera subjetivamente, otras épocas. Si no que esa *inseguridad subjetiva* estaba organizada *por y a través* de los colectivos sociales, de una forma más institucionalizada y estable, de forma tal que gran parte de ella no se convertía en miedo al delito, sino en enfrentamiento y enemistad política.

El miedo al enemigo exterior

Pero aún en la historia de los países centrales podemos encontrar objeciones similares. Del análisis sociológico del control social suelen excluirse ciertas particularidades históricas cuya relevancia es notoria y cuya funcionalidad o disfuncionalidad al sistema de control (y a la consecución de este consenso) deben ser analizadas. En particular encuentro dos que son notorias: (1) Tanto para Estados Unidos como para Europa, desde que un país entra en su época capitalista de bienestar en el siglo XX, ha vivido permanentemente en guerra o en posguerra. Y (2) el estado de bienestar (y por lo tanto esta nueva estructuración de las oposiciones identitarias) fue posible cuando comenzó la revolución de los medios masivos de comunicación (la radio, el cine, y posteriormente, la televisión).

La sociología criminológica ha silenciado históricamente el estudio de la guerra y sus efectos en la organización social y el mantenimiento del orden. La literatura de la época, sin embargo, era una cabal advertencia de los intelectuales. El ya clásico 1984 de Orwell es pensado en este contexto y teniendo en vista este problema. LA GUERRA ES LA PAZ, es una de las tres verdades paradójicas de la pesadilla utópica orwelliana, una de las frases que se acuñaban a fuerza de repetición y uno de los mecanismos de encauzar el odio. Con la guerra constante se lograba crear, además, la paranoia permanente del ataque al sistema, por parte de un cruel enemigo, y con ello se incitaba a los sentimientos defensistas, patrióticos, y a la delación y el miedo permanente. Cuando una comunidad se siente agredida desde afuera pone en movimiento todo un dispositivo de imaginarios sociales con el fin de movilizar las energías de sus miembros. Un proyecto tan vasto y pretencioso de homogeneización sólo se podía lograr mediante la fijación de puntos de referencia *duros* de odio hacia los cuales fijar la tensión: de una objetivación del mal en el imaginario social, y una concentración del miedo, de la agresión y de la reacción hacia un punto en común.

Una de las particularidades históricas que resultaron especialmente útiles al plan de homogeneización del estado de bienestar (y de los totalitarismos de la época), particularmente los involucrados en la guerra fría, fue el permanente estado de guerra a gran escala y la permanente amenaza de un enemigo exterior. El método más acertado para

obtener una pacificación interior, consenso político pacificador, fue fijar este *punto malo* en el exterior (es decir crear la permanente sensación de amenaza del exterior), y hacia allí dirigir el miedo (la Guerra, Fría o *caliente*). En estos momentos en que el miedo de la población estaba aunado y canalizado hacia el afuera las sociedades consiguieron estabilizarse políticamente, condición necesaria para que el modelo de bienestar perdurara e intentara su proyecto de homogeneización (y pacificación interna). La sociedad Norteamericana “bienestarista”, por ejemplo, marcada por fuertísimos conflictos internos, vivió permanentemente en estado de lucha externa, abierta o larvada; y tal vez esto haya sido condición de su forzada unidad. Despertó al New Deal saliendo de la traumática experiencia de la Gran Depresión tras la primera guerra mundial. Menos de siete años después, el fantasma de la segunda guerra ya acechaba, y se hizo realidad hasta 1945. Apenas terminada esta guerra, en los 50 se inició la guerra de Corea. A partir de entonces, ya los medios y los productos culturales de la época dejan advertir el fantasma terrorífico de la bomba nuclear; todo el período estuvo signado incesantemente por la presencia en la psiquis colectiva de la amenaza de un inminente apocalipsis nuclear. En los 60’s, la guerra de Vietnam. Luego los peores años de la guerra fría. Cuando no era la guerra, era el miedo atómico, el terror a la apocalipsis lo que mantenía los temores de los norteamericanos unidos. Aldous Huxley, advertía al final del prólogo de *Un Mundo Feliz*: “...we have only two alternatives to chose from: either a number of national, militarized totalitaranism, having as their root the terror of the atomic bomb and as their consequence the destruction of civilization (or, if the warfare is limited the perpetuation of the militarism); or else one supranacional totalitarism, called into existence by the social chaos resulting from a rapid technological progress in general and the atomic revolucion in particular, and developing under the need of efficiency and stability into the welfare tyranny of Utopia.”⁵

Siguiendo a Durkheim (2004) y a Mead (1997) podríamos decir que la actitud hostil hacia el enemigo externo proporciona a un grupo el sentimiento de solidaridad

⁵ “Tenemos dos alternativas de donde elegir: o bien un número de totalitarismos nacionalistas, militarizados, teniendo como su raíz el terror a la bomba atómica y como su consecuencia la destrucción de la civilización (o, si la guerra es limitada la continuidad del militarismo) o un totalitarismo supranacional, llamada a existir por el caos social resultante de la velocidad del progreso tecnológico en general y de la tecnología atómica en particular, y desarrollándose bajo la necesidad de la eficiencia y la estabilidad en la tiranía bienestarista de Utopía”; preciso, ha hecho un buen diagnóstico, aunque las relaciones de factores han sido cruzadas: del terror a la guerra atómica los países más desarrollados solventaron la “tiranía bienestarista”. Del caos social, los menos desarrollados, se valieron para el militarismo nacionalista.

“consumiendo las diferencias entre los intereses individuales”. En síntesis, el enemigo une, y por tanto pacifica: “No existe base sobre la cual los hombres se unan tan prestamente como la de un enemigo común... en tanto es el instinto dominante no organiza a los demás instintos para su objetivo. Los suprime o los mantiene en suspenso. Quienes luchan juntos contra un enemigo común suelen tiender instintivamente a ignorar las demás actividades sociales dentro de las cuales normalmente surgen oposiciones entre los individuos implicados”. Se trataba pues, de involucrar a todos en la guerra, aunque la guerra real fuera lejos.

Las guerras tienen un efecto increíblemente pacificador y homogenizador.⁶ La guerra logra la masificación del sujeto –contra la que tanto advierte Canetti- Logra que los actores sociales y políticos se olviden de sus reclamos y se embarquen juntos ciegamente en una lucha desenfundada, liberando por fin su odio sin represiones. El *patriotismo*, recurso por excelencia utilizado para ello, se hace carne en todos, y cualquiera está dispuesto a sacrificarse por algo que no conoce que dan en llamar *patria*.

En síntesis, las guerras que constantemente produjeron y producen actualmente los países “centrales” permitieron una particular gestión del miedo de los individuos, desplazando su atención hacia la amenaza exterior (y aliviando el peligro de los antagonismo políticos), excitando la identificación del individuo con sus *compatriotas*, la afiliación de los individuos en un nuevo grupo de identificación y pertenencia aún mayor, más fuerte y más importante que los de su grupo social, político, etc.

Debe recordarse que esta gestión del miedo se hacía a través de los medios de comunicación. En la época, los medios masivos (particularmente la TV) estaban fuertemente controlados por el estado, o mejor, por el gobierno. Así como las guerras encauzaron el miedo y la hostilidad hacia un foco centralizado, disipando las tensiones sociales o neutralizándolas; los medios de comunicación masivos además de su natural efecto universalizante, neutralizador de la diferencia y homogeneizante, fueron la vía de expandir a nivel nacional la hostilidad hacia el exterior y lograr la consecuente unión patriótica de los grupos sociales antagónicos. En pocos años, a través de los medios, se creó en el imaginario colectivo un poderoso enemigo exterior, estereotípico, cruel y frío,

⁶ Nuestros militares locales lo demostraron por unos meses en el año 1982, logrando una masiva manifestación de apoyo que reflejaba el cambio de ánimo de gran parte de sectores sociales hasta ese momento descontentos.

instalando un objeto del odio y la agresión y una amenaza constante contra la cual unirse y defenderse, haciendo olvidar las tensiones, opresiones y oposiciones de grupos de interés que aún así pugnaban por salir a luchar en cada espacio. Y que sólo lo lograrían, justamente cuando comenzaron a utilizar esta nueva y poderosa arma de comunicación.

Este fue el contexto histórico de la formación de “consenso” de aquellas décadas. No es de extrañar que suela verse como la época de mayor consenso político y homogeneidad cultural en Estados Unidos hayan sido los ingenuos 50's⁷ signados por la psicosis anticomunista.

En otros contextos en que la búsqueda de *lo malo* se concentró en un enemigo político interno, las luchas políticas intestinas permanentes impidieron la consolidación de un proyecto político duradero, y la idea de cohesión social (sobre normas culturales: el trabajo como superación, proyecto de crecimiento, etc.) fue mucho más endeble, fugaz o directamente ausente, desapareciendo de cuajo una vez derrumbado el proyecto de bienestar (caso de la Argentina y en general de los países latinoamericanos). La atención del miedo, de la guerra, estaba dirigida hacia adentro, centrada en un enemigo político y por tanto la lucha también; el modelo de control social se ejercía más bien como control político y era duro e inestable. En síntesis, en nuestro caso, donde no existía una amenaza *exterior* inmediata hacia donde conjurar el miedo, las oposiciones sociales se estructuraban en colectivos enfrentados, la lucha social y política fue abierta, y hasta armada. Y por ello, tal vez, el sistema político inestable.

Observaciones Finales

En síntesis, no puede compararse una *época* con otra, y afirmar, simplemente el aumento de la *inseguridad subjetiva*. Antes de buscar una explicación para este aumento, debe cuestionarse si realmente existe y es mensurable.

Es observable en muchos contextos el aumento generalizado del *miedo frente al delito*, pero esto es algo mucho más específico que el aumento de la *inseguridad subjetiva*. Ninguna comparación cuantitativa del “total” de sensación de inseguridad de ciertos sujetos

⁷ Por supuesto, hago referencia a la sociedad blanca. Pretender un “consenso” social o político aquí implica olvidar la situación de los negros y sus luchas por los derechos civiles, que se estaban produciendo por primera vez por aquellos años.

sociales resulta válida con respecto a otras épocas sin tomar en cuenta otros miedos, muy similares, pero dirigidos, estructurados, contruidos, de otras maneras. También en las sociedades propias de los estados de bienestar, y aún en los proyectos locales que lo emulaban en ciertas formas, existía un llamativo nivel de *miedo* (llamativo comparado con las posibilidades reales de victimización, por ejemplo), de inseguridad frente a la posibilidad de la victimización por parte de un enemigo interno o externo.

La principal diferencia es que las afinidades colectivas propias de esos proyectos estatales amplios estructuraban con mayor rigidez ciertas uniones y pertenencias sociales, culturales, políticas e ideológicas del sujeto individual, y de esta forma se producían oposiciones que dirigían y encauzaban esos miedos y enemistades con direcciones más abiertamente identificables.

Resulta sin dudas valioso el aporte de Castel porque -a diferencia de la vieja criminología crítica, que sigue centrando el problema del giro punitivo como un problema de racionalidad *estatal*- emplaza en el foco del problema de la criminalización las demandas *sociales* punitivas, y trata de dar una explicación histórica-sociológica de este auge de reclamos punitivos.

Sin embargo hay que tener reparos a la hora de aplicar su análisis: Para comenzar, como todos los análisis de los sociólogos de países centrales, debe ser relocalizado. Debemos siempre tomar en cuenta que así como nuestra sociedad no se asemeja a la francesa, nuestra versión de la modernidad (y de la postmodernidad) no tiene la misma génesis que la modernidad europea, nuestros estados no tienen mucho que ver con los estados europeos, nuestros grupos sociales no tienen la misma historia que los europeos (o los estadounidenses) ni las mismas relaciones entre sí y entre ellos y el estado. En segundo lugar, debe manejarse con cuidado este nuevo objeto de estudio que es el *miedo* o la *inseguridad subjetiva*: no es de fácil medida y por lo tanto, toda comparación histórica parece por ahora bastante arbitraria. Se puede presentar bajo distintas manifestaciones en los distintos contextos históricos; y por ello debe tenerse en cuenta que todo parámetro de comparación también está históricamente condicionado, tanto en su valor como parámetro científico “intertemporal”, como en las fuentes por las cuales llega al investigador.

BIBLIOGRAFIA

- BACZKO, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.
- CANETTI, Elías, *Masa y Poder*. Muchnik Editores. Barcelona, 2000.
- CASTEL, Robert, *La Inseguridad Social*. Manantial. Buenos Aires. 2004.
- DAROQUI, Alcira (2003) *Las Seguridades Perdidas*. Revista Electrónica ARGUMENTOS. No. 2. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. (www.argumentos.fsoc.uba.ar)
- DURKHEIM, Emile (2004) *La División Social del Trabajo*. Ediciones Libertador. Buenos Aires, 2004.
- FROMM, Erich. *Anatomía de la Destructividad Humana*. Siglo XXI editores. México. 2000.
- FREUD, Sigmund. *Textos Fundamentales de Psicoanálisis*. Altaya. Barcelona. 1993.
- HELLER, Agnes. *Instinto, Agresividad y Carácter*. Ediciones Península. Barcelona. 1994.
- HUXLEY, Aldous. *Brave New World*. Harper Collins. 1989.
- MEAD, George Herbert. *La Psicología de la Justicia Punitiva*. En *Delito y Sociedad*. N° 9-10. Año 6. 1997.
- MELOSSI, Darío. *El Estado de Control Social*. Siglo XXI. 1992.
- MONTAGÚ, Ashley. *La Naturaleza de la Agresividad Humana*. Alianza Universidad. Madrid. 1990.
- ORWELL, George. *1984*. Ediciones Destino. 2000.
- PEGORARO, Juan S. *Las Relaciones Sociedad-Estado y el paradigma de la inseguridad*. *Delito y Sociedad*. Año 6. N° 9/10
- PEGORARO, Juan Segundo (2003) *Una reflexión sobre la inseguridad*. Revista Electrónica ARGUMENTOS. No. 2. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. (www.argumentos.fsoc.uba.ar).
- RODRIGUEZ, Esteban. *Justicia Mediática. La Administración de Justicia en los Medios Masivos de Comunicación. Las Formas del Espectáculo*. Ad Hoc. 2000.

-YOUNG, Jack *Mas allá del paradigma consensual. Una Crítica del funcionalismo de izquierda en la teoría de las comunicaciones de masas*. En Revista Poder y Control, nº1. Universidad de Barcelona, 1987.